



milagro, el ejemplo de un sacerdote ó de un heroe, los atractivos de una piadosa consorte, la vista de una pintura, el éxito feliz de una súplica ó de un voto elevado al Dios de los cristianos, hacia, con ayuda de la gracia, cambiar de fe á los conquistadores septentrionales. Las virtudes austeras de los monjes, que podrán no ser creidas por los siglos cultos, pero de las cuales no podrán reirse, eran oportunísimas para alentar y arrebatir la varonil fantasía de los bárbaros, á quienes admiraban tambien la solemnidad del culto, el valor y la caridad de los obispos y de los sacerdotes, la influencia de una religion que podia imponer tales sacrificios.

Los borgoñones, acosados por los hunnos y desconfiando de todo humano socorro, admitieron de comun acuerdo la fe cristiana; tres mil fueron bautizados en un día por un obispo galo; y creyeron ver los efectos de esta accion en la derrota que causaron á Octar, tio de Atila (1). No consta en qué tiempo penetró el cristianismo entre los vándalos, suevos y longobardos. Á la otra parte del Rhin y del Danubio no se enviaron misioneros ántes del siglo V. Algunos prisioneros cogidos en el Asia Menor llegaron á convertir á varios de sus señores y á establecer entre ellos una iglesia grosera y ambulante, la cual envió al concilio de Nicea al rudo obispo Teófilo. De uno de estos prisioneros descendia Ulfila, que, criado entre los godos, pudo adaptar á su capacidad los dogmas generales de la fe y de la moral revelada. Patricio, que fué llevado á Irlanda como esclavo á los diez y seis años, aprendió la lengua y las costumbres de este país; conducido despues á la Gاليا por los corsarios, entró en el convento de Marmontier; y ordenado de sacerdote en Italia, y por último de obispo, fué enviado á convertir la Irlanda por el papa Celestino.

Tampoco faltó entre los bárbaros el bautismo de sangre. Miétras que entre los godos abrazaba Fritigerno el cristianismo que le habia predicado Ulfila, Atanarico le rechazó so-

(1) Sozomenes, *Hist. eccl.* VII, 30.—Sigeberto, *Chronicon ad.*, 433.

berbiamente, y sacando el sagrado carro de Hermensul, le llevó en procesion por las calles, y todo el que negaba homenaje al idolo de sus padres era inmediatamente entregado á las llamas con su familia y tiendas.

Desgraciadamente fueron arrianos los primeros predicadores de los bárbaros; de modo que debieron de maravillarse éstos cuando habiendo admitido de buena fe aquella que creian verdad celestial, oyeron decir que estaban en el camino de la perdicion (1). De aquí nació una excision entre ellos mismos, y por sujecion de los arrianos, Genserico, y más aún su hijo Unerico, derramaron sangre de católicos; ni cesaron las disensiones en África ni España, hasta que los árabes vinieron á aprovecharse de ellas para sujetar al Coran á aquellos que no habian sabido vivir tranquilos en el Evangelio.

Lo que los árabes hicieron en Asia, acaso lo hubieran hecho los septentrionales en Europa, si no hubiera sido por la oposicion que encontraron en los ministros del cristianismo, los cuales, unidos entre sí por la santidad y por una inmutable dependencia, amenazaron con el infierno á unos hombres que no temian nada en el mundo, y los obligaron primero á practicar la exterioridad del culto, desde donde pasaron despues á conocer el fondo de la religion. Con esto se verificó un cambio notable en la condicion moral y política de los bárbaros. Aprendieron el uso de las letras, como necesario en una religion de preceptos escritos; y estudiando las verdades divinas adquirieron conocimientos acerca de la historia, de la naturaleza y de la sociedad. Ulfila dió á sus godos un alfabeto para trasladar á su lengua la Sagrada Escritura (2); y estas traducciones fa-

(1) Salviano parece excusarlos: *Hæretici sunt, sed non scientes; veritas apud nos est, sed illi apud se esse præsumunt. Errant ergo, sed bono animo errant. Qualiter pro hoc ipso falsæ opinionis errore in die iudicii puniendi sint, nullus potest scire nisi iudex.* *De guber. Dei*, V.

(2) El fragmento más importante de la version de Ulfila, es de ciento ochenta y ocho hojas en 4.º, escrito en letras mayúsculas de oro y de plata en pergamino purpúreo, y por esto se llama *Codex argenteus*. Gregorio de Tours dice: que «cuando Childeberto tomó á Narbona el año 631, encontró veintitres libros de evan-



cilitaron las conversiones y aficionaron al clero á buscar la liturgia y los escritos de los Santos Padres en las lenguas griega y latina, trasmitiendo así viva la antorcha de las bellas letras. Viendo despues que se hallaban unidos en comunion de creencias y en fraternidad espiritual con todos los cristianos, aprendieron á observar los tratados de alianza, á ser ménos crueles en las guerras y á respetar las instituciones del imperio que destruian.

No obstante, las huellas del paganismo subsistieron por largo tiempo, aún en los países convertidos. No hablo de la Italia ni de Roma, en donde lo hemos visto invocado en socorro de la ciudad amenazada por Alarico, y donde mucho tiempo despues Gregorio Magno tuvo que condenar los ídolos y árboles profanos que todavía existian en Terracina (1), y el celo de los papas hubo de emplearse en extirpar las ceremonias gentílicas.

En Cerdeña (2), en Córcega y en otras islas, se conservaban estas ceremonias entre los rústicos. Los concilios de Letran, de Arlés y de Nántes reprobaban el culto de los árboles y de las fuentes consagradas á los demonios é idolatradas por el vulgo. En la tercera provincia lugdunense, el culto druídico se prolongó hasta fines del siglo IV, en que los jefes de la nacion decretaron en asamblea que cesase. Sin

gelios en una caja de oro, guarnecida de piedras finas. De esta copia precisamente se supone que formó aquel fragmento, el cual perteneció á la abadía de Werden en Westfalia, de donde fué llevado á Praga durante la guerra de los treinta años. En la toma de esta ciudad lo encontró el conde de Königsmark, y lo envió á Cristina, reina de Suecia, y siete años despues Issac Vossio lo llevó consigo á Holanda, desde Stocolmo, no se sabe con qué derecho. Magno Gabriel, conde de la Guardia, lo compró, y haciéndolo encuadernar en plata maciza, lo regaló en 1669 á la universidad de Upsal. Permaneció inédito hasta el año 1825, en que Zahn lo publicó. En la Biblioteca de Vollenbütiel se encuentra otro fragmento, que contiene la epístola á los romanos. El cardenal Maj descubrió algunos restos más en la Biblioteca Ambrosiana de Milan en 1817, y acerca de ellos hizo preciosas investigaciones el conde Octavio Castiglioni.

(1) Gregorii, *Epist. ad episc. Terrac.*

(2) «Accidit quia ipsos rusticos quos habet ecclesia tua, nunc usque in infidelitate remanere, negligencia fraternitatis vestre permisit.» Greg., *Esp. ad Januarium episc. calar.*

embargo, en el siglo siguiente tomó su defensa el archidruida Merlin, cuyas profecias fueron veneradas en las dos Bretañas, y despues celebradas en los romances caballerescos. Childeberto, á mediados del siglo VI, tuvo que dar un decreto contra las prácticas del gentilismo en el reino de París (1); en el año 589 se mandó en el tercer concilio de Toledo á los sacerdotes, jueces y señores, que buscasen á los paganos y los reprimiesen severamente, porque este sacrilegio estaba muy difundido por España y la Gاليا Narbonense (2). Por más tiempo todavía duraron las prácticas idólatras en los valles de los Alpes y en las selvas germánicas, de tal suerte, que al fin del siglo VIII fueron necesarios todo el celo de los nuevos apóstoles y las victorias de Carlo-Magno para extirparlas.

En una sociedad gangrenada por el ocio, por la corrupcion y por las desgracias, eran muchos los que abrazaban la vida monástica para apartarse de un mundo que no ocupaba su actividad, que repugnaba á su razon, y acumulaba los padecimientos. Este fervor en servir á Dios por Dios, era consiguiente á vocaciones no impulsadas por cálculos ó miras domésticas, como las que despues poblaron los monasterios de hombres aburridos y adocnados. San Jerónimo, que, sin embargo, por su religioso entusiasmo y viva imaginacion, tanto tenía de oriental, describe reprendiéndoles juiciosamente los excesos de los monjes asiáticos: «Los hay que, por la humedad de las celdas, los desmedidos ayunos, la pesadumbre de la soledad y el exceso de lectura... caen en la hipocondría, y más que de nuestras amonestaciones, tienen necesidad de la ciencia de Hipócrates.... Yo he visto personas de ambos sexos, cuyo cerebro se habia alterado por la excesiva abstinencia, principiamente los que habitaban en celdas húmedas y frias, hasta el punto de no saber qué hacer,

(1) Bouquet, t. IV. «Childer. const. de abolendis reliquiis idolatr.»

(2) «Quoniam per omnem Hispaniam sive Gاليا (Narbonensem) idolatriæ sacrilegium inolevit. *Delect. Concil.*, t. II, p. 402.



»ni cómo estar, ni qué cosa decir ó callar (1).» Pero tan pronto como la paz dejó que se aflojase este celo, se introdujeron humanas pasiones entre ellos, y los monjes, despues de haber renunciado al mundo para consagrarse á Dios, volvian otra vez al mundo, intrigando y perturbando la sociedad; por lo cual los emperadores tuvieron que prohibir á los anacoretas la entrada en las ciudades.

El mismo San Jerónimo clama en algunos pasajes contra su ambicion: «He visto hombres que habiendo renunciado al siglo tan sólo de nombre, no han cambiado en realidad su antiguo género de vida. Sus riquezas, léjos de disminuirse, se aumentan; tienen igual cohorte de esclavos, igual pompa de convidados; comen en pobres platos de barro, y entre enjambres de esclavos se hacen llamar solitarios (2)... Huye del mismo modo de aquellos que veas cargados de cadenas con barba de macho cabrío, manto negro y piés descalzos, á pesar del frio; entran en las casas de los nobles, engañan á pobres mujercillas llenas de pecados, fingen tristeza, y entregados en la apariencia á largos ayunos, se resarcen por la noche comiendo á escondidas (3).»

En otro lugar dice: «Me sonrojo al decirlo. Desde el interior de nuestras celdas condenamos el mundo; envueltos en el saco, y cubiertos de ceniza, juzgamos á los obispos. ¿Por qué este orgullo de rey bajo la túnica de un penitente?... La soberbia se insinúa fácilmente en la soledad; el que ayuna un poco y no ve á nadie, ya se cree una gran cosa; olvida lo que es, de dónde viene, adónde va, y su corazón y su lengua vagan por todas partes. Contra la voluntad del Apóstol, juzga á los siervos ajenos, lleva la mano adonde le invita la gula; duerme cuando quiere, se considera superior á todos, vive con más frecuencia en la ciudad que en su celda, y aunque se hace el modesto entre sus hermanos, en las plazas públicas choca con todos los pasajeros.»

Estas palabras del más fervoroso de los San-

(1) *Ad. Rust. ep. 95. Ad. Demetr. ep. 97.*

(2) *Ad. Rust. ep. 95.*

(3) *Ad Eustochium, ep. 18.*

tos Padres, nos indican que en Occidente no estuvieron mirados los monjes con tal devoción que se cubriesen sus extravíos ó se imitasen ciegamente sus ejemplos. Ya fuese por los muchos restos del paganismo, ya porque los caracteres positivos están ménos dispuestos á la exaltacion ascética, los monjes fueron mal mirados en Occidente; y sin hablar de las groseras injurias contadas contra ellos por Rutilio Namaciano, en África, y especialmente en Cartago, cuando se presentaba uno de aquellos hombres pálidos y rasurados, el pueblo le seguía llenándole de injurias y maldiciones (1). Habiendo muerto en Roma Blesila, devota jóven, y diciéndose que era del mundo ayunar, gritaba el pueblo: «¿Y cuándo arrojaréis de la ciudad esa detestable raza de monjes? ¿Por qué no los apedreamos? ¿Por qué no los echamos al rio?» (2).

Por tanto, áun cuando en Occidente se introdujo también la vida monástica y se imitó al Oriente, al cual los antiguos iban á buscar una ciencia orgullosa y oculta todavía, no se procuraba tanto el aislamiento, la contemplacion, el apartamiento de la sociedad cuanto el vivir orando en comun y el gozar de la conversacion devota; no tanto la maceracion del cuerpo y el silencio, como la discusion, el estudio, la actividad.

Algunos creen que San Atanasio fué el primero que introdujo en Roma los cenobitas hácia el año 390; pero Milan, Verona, Aquilea, pretenden haber tenido los primeros monasterios. San Agustín los encontró ya en Milan (3), y Martin de Tours residió algun tiempo en uno de ellos (4). Este prelado, despues de su regreso á la Galia, fundó la comunidad de Ligugé junto á Poitiers, y allí el convento de Marmoutier (*Majus monasterium*), y disciplinó á los muchos ermitaños esparcidos en las grutas

(1) Salvino, *De gub. Dei*, VIII.

(2) S. Jeron. *Ad Paulam*, ep. 22.

(3) Conf., IV, 6.

(4) Sev. Sulpicio. *Vita S. Martini*, IV; *Medionali sibi monasterium statuit*. Y Paulino Petricordio, dice, I:

..... *Constructa statuit requiescere cella
Hic ubi gaudetum nemoris vel palmis umbra,
Italiam pingit pulcherrima Mediolanus.*



y entre las ruinas de los templos, á orillas del Vienne y del Loira, mil de los cuales se reunieron para hacerle las exequias. Casiano, testigo del rigor de los monjes de Oriente, despues de la muerte de Crisóstomo, se retiró á la Provenza, fundó dos monasterios en Marsella, y se dice que tuvo en su regla hasta cinco mil entre hombres y vírgenes, cuya vida describió á instancia de Castor, obispo de Apt. Pero en la Galia, el monasterio más famoso fué el de Lerin (1), fundado hácia el año 420 por San Onorato, adonde las Iglesias iban á porfía á buscar sus pastores, y de donde sin hablar de los demas salieron Salviano y San Patricio.

En el siglo V empezaron los monjes á tomar parte en las funciones clericales, y se hicieron ordenar de sacerdotes, sin que por esto mudasen de estado. Este cambio encontró algun obstáculo en el concilio de Calcedonia (2), y Leon Magno se opuso abiertamente á él (3); pero en breve comprendieron los obispos las muchas ventajas que podrian sacarse de esta fervorosa milicia; por lo cual le fué abierto el santuario, y posteriormente el concilio de Nicea dió á los abades el derecho de conferir las órdenes menores en sus propios conventos.

Al mismo tiempo que los monjes se apro-

(1) Les monastères de Lerins et de Saint-Victor, alors le refuge des hardiesses de la pensée. Guizot, *Civil*, en France, lect. V.

(2) Cánon III, 4.

(3) Ep. CXIX, 1, 6.

ximaban á los clérigos, los clérigos de muchas iglesias episcopales, á imitacion de los monjes, se unieron bajo una regla uniforme con el nombre de *canónigos*. Fundaron esta institucion, San Eusebio de Vercelli y San Agustín; y despues Crodegango, obispo de Metz, escribió las reglas para su vida comun, que se aceptaron por la mayor parte de los cabildos.

Desde los primeros tiempos de la Iglesia se conocieron las diaconisas, esposas de los diaconos, ó mujeres de edad encargadas de vigilar en las iglesias la puerta por donde entraban las personas de su sexo al sitio que les estaba destinado. Tenian también á su cargo desnudar á las bautizadas, asistir á las enfermas, cuidar de las muertas y perfeccionar á las bautizadas (1); pero no pertenecian á la jerarquía eclesiástica, no habiéndoles sido impuestas las manos (2). No obstante, ya en el siglo IV vivian en comun muchas vírgenes en casas particulares, é introduciéndose esta costumbre en Occidente, San Onorato instituyó en San Ciró sobre el Haveane junto á Marsella la primera comunidad de mujeres en la Galia; San Cesáreo, obispo, escribió una regla para las monjas (3); y Leon Magno prohibió que tomasen el velo ántes de los cuarenta años de edad, que hubiesen templado sus pasiones y madurado su razon.

(1) San Ignacio, ep. 12.

(2) *Conc. Niceno*, can. 19.

(3) Bollando en el 12 de Enero.